

---

# Matrimonio de médicos

Dr. Pedro Rovetto Villalobos, MD.

Toda relación personal seria, y “crónica”, es difícil. Que un matrimonio sea entre médicos no lo hace necesariamente más fácil. Como en otras situaciones humanas particulares hay ciertas ventajas y desventajas. Una ventaja importante es compartir un oficio apasionante que siempre da motivos de conversación. Una desventaja simétrica a la anterior es el ocuparse cotidianamente de problemas absorbentes que a veces no dan lugar a otro tipo de conversación. Los hijos y amigos pueden quejarse en las reuniones cuando sólo se habla de medicina.

Y en cuanto al tiempo compartido como pareja, éste puede escasear peligrosamente. Podría usarse la imagen que en otras ocasiones han usado algunos escritores: una pareja de médicos puede parecer “barcos que se cruzan en la noche”. Barcos iluminados y cargados de problemas clínicos, administrativos, sociales y políticos que se cruzan en centros médicos y hospitales (o en sus estacionamientos, lo he vivido). La medicina a veces sólo nos permite saludarnos de barco a barco para extender la alegoría.

Soy médico y llevo treinta y siete años casado con una colega. Si recuerdo bien nos hicimos novios en histología del sistema circulatorio, nos casamos en consulta externa de medicina interna y nuestro primer hijo nació en el internado. Cualquier estudiante de medicina puede reconocer esa cronología.

Frecuentemente mi esposa me acompaña a “mis” congresos y yo a los de ella. Yo, por ejemplo, siendo patólogo tengo un diplomita de

puericultor, y ella siendo nefróloga tiene uno de medicina de transfusión. En estas salidas procuramos ser un poco infieles a nuestra “amante” (palabras de una profesora mía), la medicina. Pero en otras ocasiones nos toca viajar solos con nuestra “amante” a lugares extraños y bailar en fiestas con otras personas lo que cada día, lo confieso, se me hace más difícil.

Hace dos años hice escala en París después de un viaje de investigación a África. Era el último día del invierno, el cielo estaba de un azul clarísimo y llegué a Notre Dame. En el puente, caminando desde la ribera izquierda, encontré un músico callejero que al saxofón tocaba standards de jazz. No hay escena parisina más romántica o cliché más ridículo. Pero se me salieron las lágrimas recordando que era la música preferida de mi esposa. Podría haber repetido el prototípico grito ¡París sin ti! con ojos húmedos que quería esconder. Por lo tanto entré un poco avergonzado a la Catedral.

Di una vuelta por ahí y llegué a la tienda de turistas. Seguía pensando en mi esposa. Vi un pequeño brazalete con una cruz y una perla. Pregunté el precio y me pareció caro. Tengan en cuenta que estaba al final del viaje y el precio era en euros, pues habitualmente no soy tacaño. Di otra vuelta a la iglesia en sentido contrario.

Al pasar de nuevo la joven de la tienda me miró, sonrió y dijo: “Sabía que volvería”. Compré emocionado el brazalete que me envolvieron elegantemente en una pequeña cajita. Esta vez volvería a Cali con algo más descrestado que un pañuelito comprado en La Samaritaine.

Mi esposa lloró al recibir el brazalete pues la parábola evangélica de la Perla de gran valor tiene un significado personal para nosotros. Se colocó el brazalete, aunque dicho sea de paso no le gustan mucho las perlas como joya. En resumen, quedé como un rey.

Bueno, a las pocas semanas se le perdió el brazalete al cambiarse para una cesárea. Narro las circunstancias del extravío porque muchos

---

colegas han dado parecida excusa tras perder, por ejemplo, el anillo de matrimonio al lavarse las manos para entrar a cirugía. Como dice el lema del escudo de armas del Reino Unido: "Honi soit qui mal y pense" o maldito sea quien piensa mal. Creo en mis compañeros médicos y no dudo la veracidad de sus historias pero habrá quien ha perdido su alianza matrimonial en otros lugares o circunstancias y callo por solidaridad gremial (no de género).

De todas maneras a muchos médicos se nos pierden muchas cosas y ojalá no se nos pierda el matrimonio en salas de cambio de bata, "tinteaderos" de cirugía, etc. Pues vale la pena y es motivo de orgullo sobrevivir con dificultades y felicidad a un matrimonio entre médicos, con su "cruz" y su "perla".